



CAPÍTULO IX

Miahuatlán

RANCHO había puesto en el equipaje de Violette un bultito manchado de tierra y envuelto en muchas telas impermeables; durante el camino había cuidado con gran esmero de que el paquete no sufriera pérdida ni menoscabo, y al incorporarse con Porfirio puso en sus manos aquel objeto misterioso que parecía caja de violín ó ataúd de niño.

— Señor, dijo lleno de emoción, le desenterré con grandísimas precauciones y corriendo algún peligro... Aquí está...

Y no supo decir más porque se echó á llorar como un chiquillo.

El general cogió con tanto ó más cuidado el fardo, le vió como para convencerse de que estaba intacto, rompió



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

el bramante que le sujetaba, abrió la tapa con la punta de un cuchillo de monte, descosió un lienzo que parecía una mortaja y dejó á la vista media docena de envoltorios flácidos, ajados y sin brillo. Luego, con la reverencia con que un sacerdote toma la custodia, extrajo un lienzo de un verde brillante que al desenvolverse dejó á la vista otro lienzo blanco, una figura y una letra bordadas de oro, y luego mostró un fragmento rojo.

— ¡Las banderas! dijeron todos.

— ¡Las banderas que tuvimos en San Marcos!

— ¡Las de Puebla!

Porfirio iba desenvolviendo con mano insegura aquellos trapos gloriosos, unos descoloridos y escuetos, destrozados por el tiempo, acribillados por las balas y con manchas color de café, otros claros, puros, flamantes, como si acabaran de desprenderse del bastidor en que les había adornado la bordadora.

— ¡Nuestros estandartes, nuestros queridos estandartes!... exclamó Porfirio lleno de emoción. Este es el del segundo de Oaxaca... ¿Ven ustedes estas manchas? Son de sangre, de sangre de valientes, de sangre de héroes... Sosteniéndole murió el noble Miguel González... Llevándole abrazado, diciendo unos versos muy lindos, animando á la tropa y envuelto en sus pliegues, cayó el cinco de Mayo el otro portaestandarte Manuel Varela... Con ésta al frente, animados por ella, resistimos en San Marcos... Esta

nos guió en San Agustín... Aquí está la de Santa Inés... Ninguna falta; no nos hemos hecho acreedores al reproche de Napoleón I: el regimiento que ha perdido su bandera lo ha perdido todo... No podía usted traernos regalo mejor, comandante Olivos... Viene de la patria que huellan los franceses, de la patria oprimida, de la patria triste y sola: ya la rescataremos, ya la ganaremos otra vez como ahora ganamos estas banderas... ¡Bendito sea este mensaje que le manda el México invadido al México libre! Como nuestros estandartes, nuestra patria resucitará al tercero día...

Entonces recordaron los oficiales aquel batallón de zapadores de San Luis, que sólo dejó su bandera en manos de los franceses cuando rodaron entre polvo y humo los últimos soldados que la defendían; aquel estandarte de un batallón de Guanajuato, que el coronel Rosado libró de caer en manos del enemigo en la horrible tarde de la toma de San Javier; aquel teniente coronel Rivera, que guardó el estandarte de su regimiento pegado á la piel, al lado del corazón, y que sólo se le pudo quitar traspasado de balas, cuando el pecho del valiente quedó despedazado después de la batalla de San Lorenzo. Y así se relataron episodios que llenaron de lágrimas los ojos de algunos, de recuerdos la mente de muchos, de dolor el corazón de pocos y de esperanzas el alma de todos, porque contemplaban próxima la salvación de la tierra que tales hijos tenía.

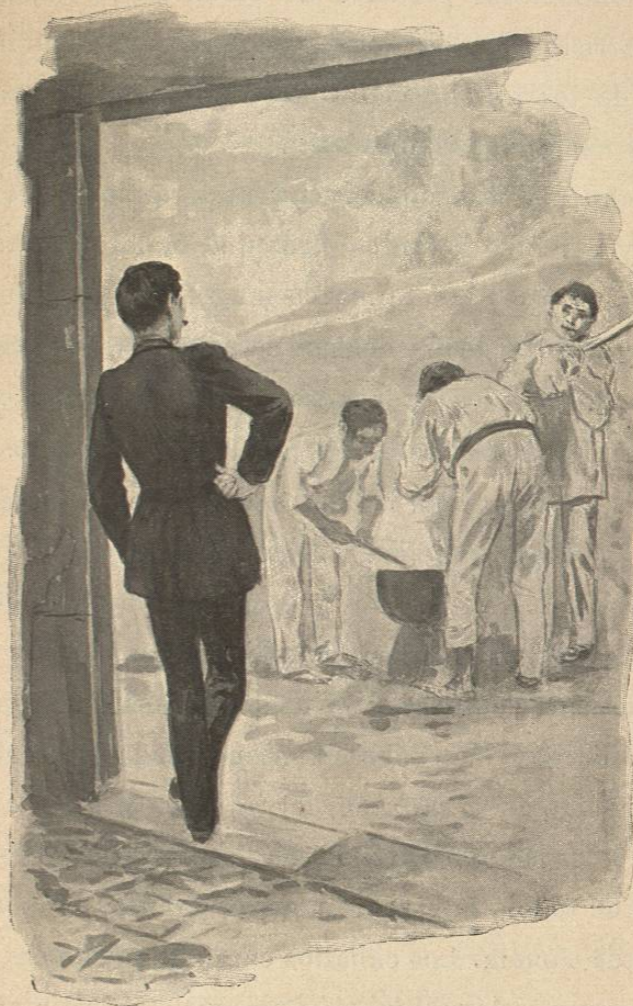
* * *

Violette siguió á su marido por Axutla, Tepeji de la Seda, San Juan Ixcaquixtla y Huajuapam (donde Porfirio, con una menguada tropilla, batió á Trujeque, obligándole á encerrarse al abrigo de fortificaciones). Por Tezoatlán fueron á Tlaxiaco y luego se retiraron á Chalcatongo para cerrar el paso á la brigada de Oaxaca; volvieron de nuevo á Tlaxiaco y á Nochixtlán y obligaron á un escuadrón de húngaros á encerrarse en Yanhuitlán. Continuaron su ascensión por la Mixteca alta hasta Ejutla, adonde llegaron el 30 de Septiembre en la noche, y á las diez salieron para Miahuatlán, pues tenían encima al enemigo con fuerzas y recursos superiores.

En el pueblecito que queda al pie de la sierra de Cuixtla, determinó el de Olivos que descansara la chica, pues aquellas larguísimas caminatas y aquel ir y venir continuos habrían acabado por hacerla daño y hasta por afearla; y aunque la francesa estaba como unas mialmas, Pancho quiso aprovechar los días que estuvieran allí, que no serían menos de diez ó doce, para buscarle hospedaje decente y manera fácil de vivir, pues no era cuerdo llevarla á la serranía tremenda y enriscada á buscar penas y sustos, que ya había probado bastante en el mes y pico que llevaba de casorio.

El día tres de Octubre, poco después de la hora de rancho, Olivos se asomó al zaguán del mesón por mover los miembros y quitarse de encima la modorra de la siesta.

El lugarejo se extendía solitario y triste, con sus casucas pardas y de techo pajizo, con sus árboles escuetos que



parecían grandes cabezas despeinadas y polvosas, con sus montones de basura en que hozaban cerdos y picoteaban gallinas, con sus caños de agua sucia corriendo por el

arroyo, con los rótulos chillones y disparatados de sus tendajos, y con su cinturón de montañas que iban subiendo, subiendo hasta perderse de vista, hasta convertirse el verde tristón y deslavado de los oteros, en el azul intenso y vivo de los altísimos picachos en que reposaban las nubes y nacían las tempestades.

Pancho permaneció contemplando aquel espectáculo trivial y parecido á tantos otros que tenía guardados en la retina, se apoyó en el marco mugroso y gastado de la puerta y miró á media docena de soldados que desarmaban los fusiles pieza por pieza, que empapaban en una cazuelita llena de aceite los muelles, los gatillos y los cañones, que quitaban cuidadosamente las cajas de madera y que luego frotaban todo aquel herraje con una badana hasta dejarle limpio y sin mocho. El comandante se hizo á un lado para dejar que salieran los pocos y malos caballejos que componían la parte montable del ejército, y se fijó en aquellas pobres y asendereadas bestias, una emballestada, otra falta de herraduras, aquella con entuertos ó despeada ó apretada de pasmaduras ó de esparvanes ó de todo á la vez: eran ciento y tantas ediciones del caballo de Gonela. Los caballos caminaban con ese aspecto de tristeza y de resignación que suele revestir el rocín desgraciado y de mala estampa cuando no tiene que aparentar por decoro y ante las gentes un aspecto marcial de que carece, ó cuando no se siente enardecido y

lleno de coraje y echa en olvido carañas y mataduras, marchando resuelto y brioso en contra del enemigo del hombre.

A poco Pancho vió dibujarse en el camino de Oaxaca la silueta de un jinete que avanzaba á toda carrera, y que sin desmontarse llegó hasta la puerta del hospedaje.

— El general... ¿Dónde está el general?

— En su cuarto se halla.

— Pues allá voy en seguida.

Y de rondón se metió con el potro herrado hasta el patiezote que se abrió sin más preámbulo que el arco del zaguán, dejando ver las hileras de cuartos á izquierda y á derecha.

Algo habló con Porfirio, y el general, sin inmutarse, dijo á Pancho:

— Ensille su caballo y prevenga á los otros ayudantes... Pero vivo...

En menos que se persigna un cura loco estuvieron listos la docena de muchachos que formaban el Estado Mayor del jefe, y unos treinta hombres que podían servir de escolta.

— ¡El enemigo encima! fué la fatídica voz que se extendió en aquel momento pavoroso.

Los infantes empezaron á rearmar sus fusiles, los jinetes se precipitaron tras los sargentos que conducían la caballada, se empezó á sacar á toda prisa armas y

sillas de montar, y en pocos instantes el patio estuvo lleno de caballos, de gentes que preguntaban, de viejas que hacían aprestos de marcha, de bobos y charlatanes del pueblo y de jefes y soldados que ocurrían á saber las disposiciones de Porfirio.

— El coronel Manuel González se retira con los de á pie: va camino de Santa María.

— Ahora sale Ramos con la gente de á caballo.

— ¡Qué sorpresa!

— Nadie hubiera creído que Oronoz se moviera de Ejutla.

— Trae novecientos hombres de infantería, trescientos de á caballo, cañones, tropa francesa y austriaca y dinero hasta hartarse: así mi galgo las pesca.

— ¡Pues maíz á las palomas, hijo! exclamó el mesonero, que creía en Porfirio como en la Santísima Trinidad.

— No es tan fácil: ahora les dan la zurra número uno á los de Díaz.

— Ya verá cómo no.

— Quiera Dios que así sea.

Ya el jefe se había puesto en marcha con su escolta, y Pancho Olivos, que le seguía de cerca, contaba entre las cosas memorables de aquel memorable día que no llegó á notar en Porfirio nada que diera idea de sobresalto, ni de temor, ni de arrogancia, ni de alegría, ni de pena: iba tan tranquilo como si fuera á empezar una jornada de las que

emprendía diariamente, dando las órdenes y disponiendo los detalles con la imperturbabilidad con que solía ordenar lo necesario para que no se estropearan los soldados ó para que no sufriera la caballada.

Ascendía la colina del Rancho Quemado y con toda la calma del mundo iba enviando ayudantes á cumplir órdenes. A poco moderó el andar del caballo, que caminaba á un trote regular, pareció que concluía un largo monólogo que venía sosteniendo, vió á todas partes, paró el caballo en firme y dijo estas palabras al comandante:

— Ya estoy determinado y sea lo que Dios quiera; vaya á decir al coronel González que se detenga donde usted le encuentre y que luego tome posiciones; y al general Ramos dígame que apresure la marcha...

Miró Pancho una inmensa polvareda que se parecía á distancia; miró media docena de figuras que se esfumaban entre el torbellino de polvo que el sol volvía de color entre violeta y naranjado; hizo mentalmente la cuenta de los que vendrían detrás; contempló á Porfirio acompañado sólo de un clarín de órdenes é interrogó con la vista al general. Este comprendió la vacilación de su ayudante, y con un relámpago en los ojos, como poseído de una fuerza interior que le mandaba y á la que no sabía resistir, le dijo con voz imperiosa:

— ¡Vaya usted á escape!

Así bajó Pancho la loma; iba con el alma en un hilo,

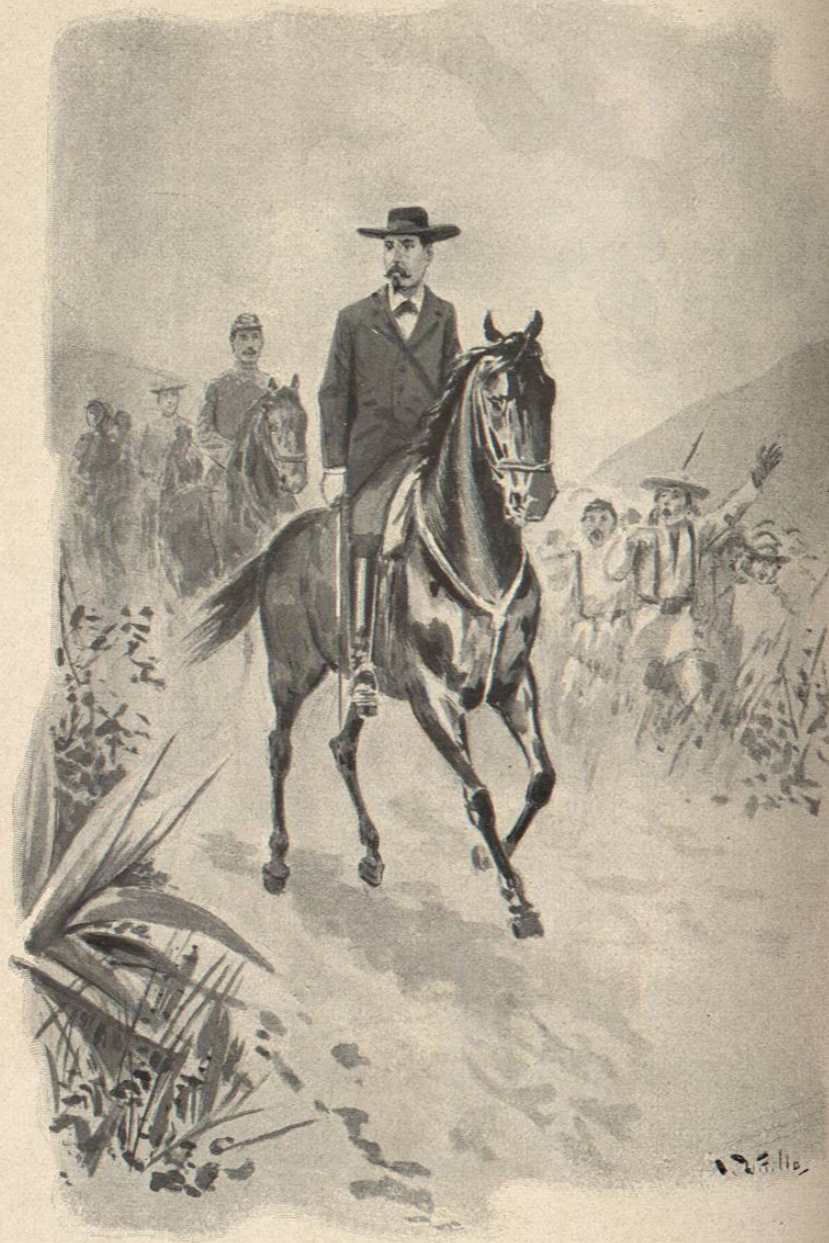
acezando, sudoroso, lleno de temor y de congoja, pues al voltear una barranquilla vió que las avanzadas del enemigo estaban á unos veinticinco pasos; que empezaban á tirotear el cerro y que el jefe se defendía con su pistola y el clarín con su fusil. Pensó en volverse, pensó en morir honradamente al lado de su general; pero recordó aquel «vaya usted á escape», y no tuvo ya más idea que meter espuelas al *cuaco* y llegar pronto adonde le habían mandado.

No habría podido afirmarlo bajo juramento; mas en su opinión á aquella hora el sol estaba cubierto por una nube negrísima y apenas se distinguía la senda que hollaba el caballo del cuitado ayudante. Al bajar la loma vió que la caballería empezaba á subir poco á poco el recuesto que quedaba á la espalda del punto en que Porfirio se defendía, y viendo al frente de la columna á Bravo y á Sánchez Gamboa, les dijo á voces y con toda la urgencia que el caso reclamaba:

— Pero ¿qué sucede, compañeros? Andenle aprisa, que el general quedó en peligro. ¡Andenle por Dios!

Mientras la caballería se apresuraba, oyó Pancho una tupida esquitera de tiros de rifle y luego dos disparos de cañón que le helaron la sangre. Era la batalla; no cabía dudarlo.

Olivos alcanzó á González cuando empezaba á subir el camino de Cuixtla. El coronel oyó complacido el mensaje,



Porfirio avanzaba á medio galope, seguido de su escolta.

detuvo la marcha, examinó el terreno y ordenó que algunos tiradores se colocaran en un magueyal cercano.

Pancho estaba seguro de que todo cuanto se hiciera ó se intentara sería poco menos que inútil; veía á los infantes casi desnudos, con fusiles de diferentes calibres, sin municiones y sin conocimiento del manejo de las armas; veía aquella barranca que parecía hecha de propósito para que perecieran en su fondo ejércitos enteros, y se daba á creer que aquellos imperialistas que no había llegado á mirar eran tantos, que bastarían para acabar con la pobre y errabunda tropa de Porfirio.

— Son más que nosotros, traen más gente, cuentan con cañones y con tropa extranjera; no hay que pensar en ganar. Aquí pereció Sansón con todos los filisteos...

Y cuando esto decía oyó una voz que salió de quinientos pechos, que repercutió en los montes cercanos, que puso en expectación á jefes y á oficiales y que hizo levantar la cabeza á los tiradores que estaban á la vera del camposanto. La voz aquella que Pancho había oído tantas veces, pero que entonces sonaba más espontánea y más cariñosa que nunca, era «¡Viva Porfirio!», grito de guerra que llegó á ser la contraseña de toda una generación.

Porfirio avanzaba á medio galope, seguido de su escolta y tan dispuesto, tan ágil, tan sereno y tan gozoso que daba gloria verle. Su indiferencia del principio (que en realidad no era sino concentración del ánimo) se había